

El Presidente de la Cámara del Senado,

FRANCISCO JOSÉ URRUTIA

El Presidente de la Cámara de Representantes,

LUIS V. GONZALEZ

El Secretario del Senado,

Julio D. Portocarrero

El Secretario de la Cámara de Representantes,

Fernando Restrepo Briceño

Poder Ejecutivo—Bogotá, septiembre 7 de 1918

Publíquese y ejecútese.

MARCO FIDEL SUAREZ

El Ministro de Obras Públicas,

RAFAEL DEL CORRAL

OBITUARIO

Además de la sensible pérdida de nuestro ilustre colegial y consiliario doctor José María Cordovez Moure, cuyos méritos quedan rememorados en otra página de esta entrega, hemos tenido la pena de ver morir, durante el año que pasó, a dos compañeros de estudios, convictores del Colegio y excelentes alumnos de la facultad de jurisprudencia.

Don Luis J. Acevedo Ortiz, oriundo del departamento de Santander, vástago de una distinguida familia, falleció en esta ciudad en los primeros meses del año anterior. Frisaba en los veintitrés años, había concluido

los cursos escolares, presentado exámenes preparatorios y escrito la tesis para optar el grado de doctor. Fue señalado en el claustro por la tenaz aplicación al estudio, la igualdad y entereza de carácter, lo intachable de las costumbres, la firmeza de la fe católica. La santa madre de Acevedo, sin saber el fin de su hijo, murió pocos días después. En el cielo se habrán encontrado, puesto que ambos pasaron a la eternidad tan cristiana y piadosamente como habían vivido.

El 22 de septiembre exhaló el último aliento don Luis Oviedo Murillo, natural del Espinal en el departamento del Tolima. En la primera infancia quedó huérfano y pobre. No gozó de las caricias maternas. Su padre sucumbió víctima de uno de aquellos horrendos atentados que se vieron en Colombia, en la época maldecida de las revoluciones. Sin hogar, sin parientes cercanos, Oviedo tuvo que formarse por sí mismo. Aprendió primeras letras en la tierra natal y de allí pasó al lado de los padres dominicanos de Chiquinquirá, donde permaneció cinco años, distinguiéndose por la inteligencia y la virtud, y adquiriendo sólida educación literaria. Vino en seguida al Colegio del Rosario, pensionado por su departamento de origen; se graduó bachiller y ya llevaba tres años de aprender jurisprudencia y ciencias políticas. Poseía clarísimo talento, era activo y emprendedor; habría sido un adalid de sus creencias religiosas y de sus opiniones de partido. Partió como buen cristiano, confortado con los sacramentos de la Iglesia. Sobre su tumba, el día del entierro, pronunciaron sentidos discursos los jóvenes don Manuel Villoria y don Julio César Olaya, condiscípulos y paisanos del finado.

Queden en la REVISTA DEL COLEGIO los nombres y méritos de nuestros dos malogrados amigos, ya que su memoria nunca se borrará de nuestros corazones.